

Capítulo uno

La casa al final de la calle

—Sí, joven, tal como escucha. ¡Valparaíso está formado por cuarenta y dos cerros! ¡Cuarenta y dos! —exclamó el chofer con el volante de su vehículo firme entre las dos manos—. Y yo me sé el nombre de todos... ¿Quieren que se los recite? ¡No me demoro nada, joven! Empezamos con el Cerro Alegre, después está el Cerro Barón, el Cerro Delicias, el Cerro Playa Ancha, el Cerro Yungay, el Cerro...

—¿Y queda mucho para que lleguemos al Cerro Panteón? —interrumpió Pablo, algo mareado por la excesiva verborrea del taxista que lo transportaba a él y a su amigo Felipe.

—No, no queda mucho, joven. Un par de cuadras y ya llegamos a su destino —respondió el hombre, y apretó aún más a fondo el pedal del acelerador.

Sin que nadie lo animara a seguir, el hombre que conducía una miniván continuó narrándoles que, conforme el crecimiento de la población y el nacimiento de nuevas necesidades de espacio y vivienda, la gente de Valparaíso

fue poblando cada uno de los cerros que resbalaban desde el continente hacia el mar, hasta crear una suerte de inmenso anfiteatro que mira hacia el Océano Pacífico y que brilla como un espectáculo de luces multicolores al caer el sol.

—Y para que ustedes sepan —agregó, y orientó su auto hacia una estrecha calle que comenzaba a trepar hacia las laderas—, los nombres de los cerros aparecieron a medida que se fueron llenando de personas. Así, poquito a poco, se agregó uno tras otro hasta llegar a los cuarenta y dos que hoy día se dice que son los cerros de Valparaíso. ¡Cuarenta y dos, tal como lo oyen!...

Pablo miró a Felipe que, sentado a su lado en una de las tantas corridas de asientos, mantenía la vista fija en el paisaje urbano al otro lado de la ventanilla. Era un colorido desorden donde se mezclaban diferentes tipos de arquitecturas, desde las más clásicas hasta las más vanguardistas, junto a una verdadera muchedumbre de peatones, vendedores ambulantes y antiguos autobuses unidos a cables eléctricos por medio de dos astas que intentaban abrirse paso en el mar de automóviles que poblaban las angostas calles.

—Ésos se llaman trolebuses —puntualizó el conductor— y funcionan aquí en Valparaíso desde mediados del siglo xx. A mí me gustan porque no contaminan. Son eléctricos, ¿ya se dieron cuenta? ¿Ven que van agarrados a unos cables, y que así es como consiguen su energía?

Pablo iba a interrumpir el discurso, para comentar algo sobre las ventajas de la energía limpia y verde, pero el chofer retomó su plática sobre los cerros que conformaban la ciudad. Señaló que todos poseen características urbanas y sociales muy específicas que permiten diferenciarlos de manera clara e inequívoca. Cada uno es una unidad muy reconocible, que gracias a sus particularidades da vida a barrios con una identidad que no se repite en ningún otro lugar. Les explicó, además, que cada cerro tiene sus propias calles y escaleras de acceso, y que muchos de ellos poseen un ascensor que los une con la parte baja de la ciudad.

—¿Y por qué el Cerro Panteón se llama así? —preguntó Felipe, que se quitó los audífonos de las orejas y puso en *pause* la canción que escuchaba en su iPhone.

—Porque ahí están tres de los cementerios más populares de la zona —contestó el hombre—. Dicen que en ese lugar viven más muertos que vivos —exclamó con una carcajada que más pareció un tosido asmático.

Los dos muchachos cruzaron una mirada cómplice, mezcla de entusiasmo por lo que oían y ganas de empezar a observar por sí mismos lo que la ciudad ya empezaba a ofrecerles. Cuando la van hizo su ingreso en una empinada calle llamada Ecuador, según señalaba un cartel de tránsito en la esquina, Pablo supo que ya habían llegado a su destino. Recordaba ese nombre como la dirección del hotel donde iban a quedarse a lo largo de su estadía en la zona.

—¡Listo! —exclamó el conductor y apagó el motor—. Ecuador 17. Servidos, jóvenes —dijo, y saltó fuera de su asiento para sacar las mochilas de ambos muchachos del maletero.

Apenas los dos amigos descendieron del interior del vehículo, una fresca brisa cargada de un intenso olor a salitre y humedad los envolvió y acompañó en sus primeros pasos por esa pronunciada pendiente que trepaba hacia lo alto del cerro. Era un opaco día de invierno, sin atisbos de sol ni altas temperaturas. Un encapotado cielo gris se fundía con la línea del horizonte y borraba toda división con el mar. A pesar del poco auspicioso clima, se podía gozar de una clara panorámica que abarcaba el plano de la ciudad, el puerto y la majestuosa presencia del océano. Desde el nacimiento de la calle Ecuador se veía con gran precisión el multicolor amontonamiento de *containers* en el muelle, la altísima grúa que ayudaba a transportarlos desde los camiones hasta las cubiertas de los buques cargueros, y las bandadas de gaviotas que alborotaban por encima de sus cabezas.

—Bueno, jóvenes, bienvenidos a la Joya del Pacífico —señaló el hombre con una sonrisa de indisimulado orgullo—. Espero que tengan una linda estadía en mi tierra. ¡Chao, *pescao!*

Dicho eso, se subió de nuevo a su auto y aceleró calle abajo, en medio de hábiles maniobras de piloto acostumbrado a trepar avenidas y caminos ensortijados. Pablo se

echó al hombro su pesada mochila, cargada casi a reventar con buena parte de su ropa, y enfiló sus pasos hacia el número 17. Correspondía a una casa de dos pisos, de herrumbrosa fachada de planchas de zinc y un par de ventanas de decrepita apariencia. Felipe se quitó por unos segundos su ya inseparable gorra de los Marlins, se rascó la cabeza y miró al ojinegro con evidente desilusión reflejada en la mirada.

—¿*Esto* es el hotel donde se supone que nos vamos a quedar? —inquirió.

—Bueno, siempre supimos que era un hotel pequeño y familiar... ¡Eso decía en los *reviews* de internet!

Pablo no lo confesó, pero un poderoso desencanto se abrió paso en él y lo hizo torcer la boca en una mueca de desagrado. Esa derruida construcción no se parecía en nada a las fotografías que el Hotel Barlovento, de cuatro estrellas, lucía en la galería de su *website*. Por lo visto habían sido engañados. ¿Qué iban a hacer ahora?

—Espérate tantito —Felipe frunció el ceño—. ¡Esto no se va a quedar así!

Avanzó con paso firme hacia la puerta de la casa marcada por un gastado 17, y golpeó con gran vehemencia. A los pocos instantes, el lastimero graznido de las bisagras anunció que alguien estaba abriendo.

—¿Sí? —se escuchó desde el interior.

Felipe iba a comenzar su retahíla de reclamos y quejas cuando tres gatos salieron en estampida hacia la calle en medio de un bullicioso coro de maullidos.

—¡No, no! ¡Almendra! ¡Luna! ¡Sansón! ¡Vuelvan aquí!
—gritó la voz de una anciana—. ¡Atrapen a mis gatos!

En el umbral apareció una octogenaria mujer, ataviada con una desteñida bata de levantarse y con el cabello de un color indefinido cubierto por una redecilla elástica. Pablo y Felipe se paralizaron al ver su pesarosa figura mientras sacudía los brazos intentando atrapar a los felinos que se echaron a correr por el empedrado.

—¡¿Qué quieren?! —gruñó, dándose por vencida al ver al último de sus animales desaparecer en la esquina.

—¿Este es el Hotel Barlovento? —inquirió Felipe con timidez al suponer de antemano que cometía un error.

—¡Ya estoy cansada de que siempre confundan mi casa con ese dichoso hotel! —se quejó la mujer—. ¡El Hotel Barlovento está en el número 77 de esta calle, no en el 17!

Aliviados, los dos muchachos se miraron al tiempo que dejaban salir un suspiro de consuelo. La anciana seguía reclamando con la mano por encima de su cabeza.

—¡Siempre se equivocan! ¡Siempre! ¿Tan difícil es distinguir un 77 de un 17? Y ahora dónde se fueron mis gatos... ¡Luna! ¡Sansón! ¡Almendra!

—¿Y dónde queda el hotel, señora? —quiso saber Pablo, y dio un paso hacia ella.

—Al final de la calle —señaló con un dedo hacia lo alto—. ¡Así es que empiecen a subir!

Dicho eso, cerró de un portazo tan fuerte que hasta las latas de zinc de la fachada quedaron temblando unos

instantes. Felipe levantó la vista y dejó que sus ojos recorrieran la elevada pendiente hacia la cima del cerro, hasta donde trepaba la calle, y tragó ruidosamente saliva.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allá arriba? —preguntó en un jadeo de anticipado cansancio.

—Dando un paso tras otro —respondió su amigo y se acomodó la mochila en la espalda—. ¡Vamos!

Y sin esperar una respuesta, Pablo se echó a andar rumbo al número 77 de la calle Ecuador.

* * *

Sobre una recién barnizada puerta se leía con toda claridad “Hotel Barlovento”. Pablo se detuvo frente a ella e intentó recuperar el aliento luego del esfuerzo de recorrer varias cuadras en vertical subida. El número que buscaban quedaba en la intersección de varios pasajes aún más estrechos y peatonales. Ahí, altas casas de madera formaban un continuo muro a lo largo de toda la calle, donde lo único que variaba era el color de cada fachada.

Tal como lo prometía su descripción en internet, el Barlovento era un hotel estilo *boutique*, de una planta, y de personalizada atención familiar. Era evidente el especial cuidado que habían puesto en todos los detalles de su construcción: el elegante tono verde de sus muros exteriores combinaba a la perfección con el reposado café oscuro de las maderas de las molduras y persianas. Una

hilera de macetas con despeinadas y fragantes lavandas formaba un irresistible camino desde la acera hasta la entrada principal. Y a juzgar por las escasas ventanas que interrumpían los muros, el lugar no debía de tener muchas habitaciones.

“Perfecto”, pensó Pablo. “Esto era exactamente lo que tenía en mente”.

El boricua tuvo que esperar varios minutos a que Felipe alcanzara la cima, empapado en sudor a pesar del frío que a cada instante se hacía más intenso, y resoplando casi sin vida luego del ejercicio.

—Yo... yo no voy a volver a... a subir... —sentenció afirmándose contra un poste del alumbrado eléctrico—. ¡Esto es horrible!

—Un poco de ejercicio no le viene mal a nadie —le rebatió su amigo.

—¡¿A quién se le ocurre hacer un hotel en la punta de un cerro?! —vociferó.

—Bueno, si volteas y le das un *look* a la vista, vas a entender el porqué —dijo Pablo con una sonrisa.

Felipe entonces hizo lo que su amigo le aconsejaba y se quedó ahí, con la boca abierta, absorto en el paisaje que se extendía frente a él: Valparaíso en pleno se derramaba desde cada cuesta hacia el mar, de izquierda a derecha, con una infinidad de casas de madera de diferentes colores, alturas y formas, que parecían prendidas por alfileres en las escarpadas laderas de suaves ondulaciones. Cada

tanto, un riel que subía en diagonal dejaba ver el ascensor que lo transitaba casi en cámara lenta, permitiéndole que se desplazara con toda calma llevando a decenas de pasajeros desde lo más alto de la ciudad hasta el plano. La gran cantidad de embarcaciones que ingresaban a la bahía al tiempo que otras dejaban atrás el continente convertían al océano en un escenario de puntos multicolores y blanquecinas estelas de espuma.

El muchacho de gruesas mejillas dejó escapar un silbido de impresión.

—Es hermoso —musitó—. Qué chido está este lugar.

—¿Te das cuenta de que valió la pena el esfuerzo para llegar hasta acá? —le sonrió Pablo y se echó a andar hacia la puerta del hotel.

Iba a darle la vuelta al picaporte cuando suspendió de improviso el movimiento de su mano. Había tenido la sensación de ver, por el rabillo del ojo, una silueta recortada contra los visillos de la cortina en la casa vecina. Una silueta que parecía estar mirándolo directamente a él. Giró la cabeza de golpe justo para alcanzar a percibir, al otro lado del vidrio, el movimiento de la tela que regresaba a su posición original. Era un hecho: hasta hace un segundo había *alguien* ahí.

—¿Qué pasa? —quiso saber Felipe.

Pablo no le respondió. Dejó su mochila en el suelo, junto a la entrada del Hotel Barlovento, y avanzó un par de pasos hacia la casa donde un reluciente 79 brillaba a

un costado de una campanilla de bronce cuyo badajo se hacía sonar por medio de un largo cordel.

—¿Qué pasa, Sherlock? —insistió su amigo.

El ojinegro se enfrentó a la residencia contigua, y comprobó que efectivamente la cortina aún se movía con suavidad. Alguien había estado ahí, observándolos desde el interior. ¿Por qué? A juzgar por la dificultad para hacer reservas en ese hotel, que estaba casi lleno cuando él se comunicó con ellos vía *email*, no debía de ser muy anormal que dos personas circularan por ahí cargadas con maletas. ¿Acaso ese misterioso vecino siempre espiaba a los recién llegados al Barlovento? ¿Qué clase de aburrido tipo, sin vida ni nada que hacer, vivía en ese lugar?

—¿Podemos entrar? —pidió Felipe—. Quiero recostarme un rato, para reponer fuerzas.

Pablo volvió a dar un vistazo a la puerta, angosta y alta como la entrada a una capilla, con vidrios biselados en la parte superior del umbral y un reluciente pasamanos en bronce en cada hoja de madera. A simple vista se podía deducir que aquella casa que quedaba al final de la calle debía de tener adinerados dueños y poseía un glorioso pasado que con toda seguridad se extendía hasta comienzos del siglo anterior.

Impulsado por un instinto que no era sólo curiosidad, sino que se parecía mucho a la intriga, Pablo se acercó un par de pasos más dispuesto a escuchar algo que delatara definitivamente la presencia de ese misterioso habitante

que, según él, los estaba atisbando en total silencio desde una ventana.

“No llevamos ni media hora en Valparaíso y Sherlock ya encontró su primer misterio en tierras chilenas”, se lamentó Felipe, porque sabía a ciencia cierta lo que eso significaba.

—Préstame tu iPhone —pidió Pablo en un susurro y ante el rostro de desconcierto de su amigo, agregó—: estoy seguro de que alguien nos ha estado observando desde que llegamos. Quiero sacar una foto a través de la ventana para corroborar que...

—¡Y yo quiero entrar al hotel! —lo cortó de improviso al soltar su mochila, que cayó junto a sus pies.

Pablo asintió al asumir que no era el mejor momento para comenzar una nueva pesquisa. Habían volado toda la noche desde Miami, apretados en dos asientos de clase turista que más parecían una lata de sardinas, sin haber podido dormir ni un instante a causa de los ronquidos de su vecino de asiento, que se tragó un somnífero apenas el avión despegó y no volvió a saber de su alma. Luego de cruzar una larga fila en el aeropuerto de Santiago, para que finalmente un policía de migración les timbrara el pasaporte, tuvieron que subirse al taxi que los llevó hasta el nacimiento de la calle Ecuador, en Valparaíso, tras casi dos horas de trayecto terrestre. Recién en ese momento se dio cuenta de que todos sus músculos estaban tensos por la falta de sueño y el exceso de cansancio, y

que ni siquiera la posibilidad de comenzar un nuevo caso se justificaba ante su imperiosa necesidad de reposar.

Iba a decirle a Felipe que tenía razón, que lo mejor que podían hacer era ingresar lo antes posible al Hotel Barlovento, cuando súbitamente la elegante puerta de la casa 79 se abrió de improviso y reveló a una esmirriada figura que, desde la penumbra del *hall* de acceso, señaló a Pablo con un largo y delgado dedo.

—¡Tú! —gritó una voz que hizo eco en cada esquina de la calle y se confundió con el primer trueno que resonó con fuerza sobre la bahía.

Ambos jóvenes levantaron la vista y se encontraron con un hombre que debía de estar bordeando los setenta años, vestido de impecable traje negro, corbatín de terciopelo asomándose bajo el almidonado cuello de una camisa, el pelo tan blanco como escaso y peinado rigurosamente hacia atrás, y que los miraba con un par de desorbitados ojos azules, casi transparentes.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamó con una voz tan delgada que pareció salir de un delicado instrumento musical—. ¿Me traes otro anónimo? ¿Es eso? ¡Cobarde!

Pablo abrió la boca para defenderse de la desconcertante acusación que le adjudicaban, pero el tipo aumentó los decibeles de sus gritos. Una gruesa vena se le marcó en la garganta por el esfuerzo.

—¡Voy a llamar ahora mismo a la policía! ¡No voy a permitir que se me siga amedrentando de esta manera!

¡Yo no he hecho nada, ¿oíste?! ¡Nada! —bufó, y cerró de un violento golpe la puerta.

Por un instante, la esquina superior de la calle Ecuador quedó en el más completo silencio. Sólo se escucharon las acompasadas respiraciones de Pablo y Felipe, que intentaban comprender qué había sucedido ahí, y el ruido de la cadena de seguridad con la cual el alterado hombre bloqueó por dentro el ingreso a su casa.

—No se preocupen. Ese señor está loco —oyeron decir a sus espaldas.

Al voltear, se encontraron con una muchacha que los observaba desde la entrada del Barlovento y que, con una amable sonrisa y dos redondos y vivaces ojos, parecía ofrecerles su amistad.

—No le hagan caso. Hace días empezó a decir que alguien lo quiere matar. ¡A él, fíjense, que ni sale de su casa! Pero pasen, pasen. Ustedes deben ser Pablo y Felipe —continuó sin perder su tono cordial—. Yo soy Lya Guerrero, y los estábamos esperando con mi madre. ¡Bienvenidos a nuestro hotel!

Y Pablo supo, con toda certeza, que había llegado al lugar correcto... en el momento preciso.